



TERCERA PARTE

EL HORIZONTE DE NUESTRO CAMINAR

MARCO DOCTRINAL

*“Y les escribimos esto para que tengan alegría perfecta.
Nosotros oímos, de Él mismo, su mensaje
y se lo anunciamos a ustedes” (1 Jn 4, 5)*

306. La palabra “horizonte” tiene un sentido rico y profundo, más cuando es una forma de marcar nuestro destino en y hacia Dios; es tan amplio su significado que penetra en el misterio. Como realidad fundante, es dinámico, envolvente y al mismo tiempo trascendente; es Vida que no se resume en racionalidad, también es poesía, es afectividad, es imaginación. Queremos caminar en la perspectiva del Horizonte divino que está lejos, está cerca y está dentro nuestro. Siendo Vida y propuesta exige una respuesta. En nuestra respuesta nos acompaña, nos invi-

ta, nos lanza retos.

307. La juventud quiere y sueña con un Dios cercano, más aún, con el Dios que habita en su realidad juvenil y brota del interior mismo del joven. Hablar de esta forma no es negar el Dios trascendente que se ha revelado de muchas formas, especialmente en Jesús de Nazaret; es acentuar la presencia cercana de Dios-Vida. San Agustín decía que Dios era lo más íntimo de él, “estabas dentro de mí y yo estaba fuera. Estabas conmigo y yo no estaba contigo”¹¹⁷.

I. FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS

1. DIOS, HORIZONTE DEL JOVEN

308. Dios es la realidad más íntima de todo ser, lo es también en la realidad juvenil. Él está por encima y dentro de todas las realidades, por ende en la juventud, tal como afirma el Concilio Vaticano II que habla de las “semillas ocultas del Verbo” (AG 1) en todas las realidades creadas.
309. En las Sagradas Escrituras Él se ha revelado de muchas formas, pero de modo muy especial en la persona de Jesucristo, quien anuncia la Buena Nueva del Reino con sus actos y su palabra, y manda que lo mismo se haga en la Vida de la comunidad de discípulos misioneros, en los caminos de la historia.

1.1. Dios, el Horizonte de la vida es Vida

310. Dios, el Horizonte de la vida es Vida. Como afirma la Escritura, Él es “el Dios de la Vida”: “Él es vida para ti y la prolongación de tus días” (Dt 30,20), “quien me encuentra, encuentra la vida” (Pr 8,35). La Vida se desborda en la creación. Meditando las Sagradas Escrituras y la vida misma, descubrimos que Dios se manifiesta y se da a conocer en la creación entera: el mar, las estrellas, las islas, las montañas, los ríos, las selvas y tantos seres en los cuales vemos, sentimos y participamos de la grandeza y magnanimidad del Creador (Salmo 8). Todos los seres creados proclaman la belleza del Creador, entre éstos está el ser humano con sus riquezas, a quien nunca llegaremos a conocer totalmente, porque no deja de ser siempre un “misterio”. De igual manera estos “seres”, son mutantes, que transitan por distintas etapas de vida, una de ellas la juventud.

311. La creación es expresión de la Vida que es Amor (1 Jn 4, 16). Dios no solo quiere y ama a los jóvenes, también se manifiesta en ellos. Nos cuenta la Sagrada Escritura que cuando Jacob huye de su hermano Esaú, Dios se le apareció y dijo: “Estoy contigo. Te protegeré a donde vayas. No te abandonaré” (Gn 28, 10-17). Jacob, así como muchas juventudes, no sabía que Dios estaba en él y con él. Dios, como Horizonte de la juventud se torna en amor a la vida, la que burbujea dentro de cada joven, que empieza a descubrir que la vida es el don más grande recibido; quien desea ser feliz, debe comprometerse con ella. Esta posibilidad nos la muestra el libro del Deuteronomio: “Te

he ofrecido en este día la vida o la muerte, la bendición o la maldición... Elige la vida, para que vivas tú y tu descendencia, escuchando su voz y uniéndote a él, pues en eso está tu vida y la duración de tus días" (Dt 30,15-20).

312. De ahí que el impulso a la construcción de la Civilización del Amor implique la belleza, el profetismo y la dramaticidad de "campañas" protagonizadas por jóvenes expresándose contra miles de tipos de violencia, manipulación, marginación, exterminio, genocidio y contra los daños al medio ambiente. Todo esto brota de la presencia de lo divino que hay en la juventud.

1.2. La Vida, más latente en los rostros sufrientes

313. La presencia de Dios como Horizonte de la vida en plenitud, palpita preferencialmente en la vida de los más desvalidos, en los rostros sufrientes de nuestros pueblos; por ellos Él tiene un amor preferencial (Mc 1, 29-32). Con el Dios de la Biblia, aprendemos a tener una preferencia especial por los pobres, porque es en ellos que la vida es pisoteada de la forma más dramática y triste; tragedia existencial que solo puede agradar a quien no pertenece a Dios -Vida y Amor-. Cristo consuela, humaniza y diviniza estos rostros: sana enfermos (Mt 9,20-22); cura leprosos (Lc 5,12-14); libera endemoniados (Mc 1, 25-26;); resucita muertos (Mc 5, 41-42; Lc 7,13-14; Jn 11, 43-44); da de comer a los hambrientos (Mc 6, 41-42); reivindica a los

débiles –niños, mujeres, pobres– (Mc 10,14); denuncia las estructuras de injusticia que esclavizan (Lc 6, 5; Jn 2, 14-16). Es fundamental tener siempre presente lo que nos recuerda el Papa Benedicto XVI: “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica, en aquel Dios que se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”¹¹⁸.

1.3. En Dios, horizonte de la juventud, todos somos protagonistas

314. El ser humano ha sido creado para amar la vida, especialmente viviendo la opción preferencial por los pobres; es así que, Dios, quien vive en nosotros, nos ha llamado a ser protagonistas en la creación, autores del proyecto personal y comunitario conforme a la voluntad del Padre; Él sueña que vivamos con creatividad, personalidad y autonomía el protagonismo de nuestra historia. A través de Jesucristo no deja nunca de decir a cada uno “levántate y anda” (Mc. 5, 41), invitándonos a cultivar día a día la imagen de Cristo en nosotros que es todo un desafío. Más allá de ser sujetos individuales, somos hechos para, con y en los otros y las otras. El protagonismo al que somos invitados es el del discipulado misionero, cuya dinámica es el amor, la voluntad de servir, la misericordia, la justicia y la paz.
315. Por eso es importante favorecer que las juventudes sean reconocidas en la historia, tal como ha dicho el Papa Juan Pablo II:

Numerosos jóvenes de hoy desean ser protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social... Hay que orientar sus cualidades y su capacidad creativa hacia el objetivo más elevado que puede atraerlos y entusiasmarlos: el bien de la sociedad, la solidaridad con todos los hermanos, la difusión del ideal evangélico de vida y de compromiso concreto en bien del prójimo y la participación en los esfuerzos de la Iglesia para favorecer la construcción de un mundo mejor¹¹⁹.

316. En las Escrituras queda evidente la invitación de Dios a los jóvenes a contribuir con el Plan salvífico; no faltan las manifestaciones divinas, revelando la invitación al protagonismo de los jóvenes. Para citar algunas, encontramos a Isaac como hijo de la promesa (Gn. 22, 1-18), Moisés perseguido desde su nacimiento, pero liberando a Israel de la esclavitud de Egipto (Ex 3); Samuel, capaz de obedecer a Dios que lo llamaba en su interior (1 Sam 3, 1-21); David enfrentándose a Goliat, aunque fuera un simple cuidador de ovejas (1 Sam 16, 1-3); Jeremías sintiéndose llamado en plena edad juvenil para ser profeta en tiempos difíciles. Y no faltan, también, las jóvenes viviendo la vocación que sentían brotar dentro de ellas, basta nombrar a Ruth (Rt 1, 16), mujeres valientes como Judith y Esther, salvando su pueblo en plena dominación extranjera. Es de Esther la frase que pide al rey que la amenazaba: "lo que pido es vida para mí y vida para mi pueblo" (Est 7,2). Los ejemplos son muchos. Dios no solamente ama a los jóvenes, Él ama, con amor divino, a la humanidad a través de las juventudes. Muchas fi-

guras jóvenes, incluso los amantes apasionados del Cantar de los cantares, necesitan ser descubiertos. Podemos decir que ser joven es vivir la epopeya del éxodo, la salida del mundo de la dependencia a la libertad, de la superación de todas las opresiones a la vida en la libertad para la cual Dios nos ha creado (Gal 5,1).

317. Una de las evidencias para corroborar que las juventudes aspiran a la Vida y a ser protagonistas, discípulos misioneros de vida, es esta forma linda de ver en Dios que las acoge “como la gallina que reúne los pollitos bajo sus alas” (Mt 23, 37). Otra forma está en el reconocimiento de Dios dentro de ellas mismas, presencia divina que es una invitación a la experiencia de la vida como una fiesta que no tiene hora marcada para terminar. A través de las juventudes, el Dios de la Vida afirma que la vida debe ser una fiesta de fraternidad. La presencia de Dios en el discípulo lleva al protagonismo, Él no nos quiere estáticos, nos quiere constructores y constructoras de la Vida.

1.4. Dios, origen y meta, camina con nosotros

318. Otro aspecto del corazón divino que lo define y que es deseado por las juventudes es que el Dios de la Vida, más allá de todo, es un eterno acompañante. Ya en el relato de la creación leemos que Adán y Eva escucharon a Yahvé Dios paseando por el jardín en la brisa del día (Gn 3, 8). Significativo, también, el modo como el libro del Éxodo nos cuenta que Yahvé iba en

frente de ellos de día en una columna de nube para guiarlos; en la noche, en una columna de fuego, para iluminarlos (Ex 13, 21). En 2 Samuel se lee la historia en que el rey David afirma que un absurdo que el rey habite en un palacio y el Arca de la Alianza esté en una tienda, a través del profeta Natán, Yahvé manda el siguiente recado a David: “¿Usted quiere construirme una casa donde yo habite? Pues bien: yo no he vivido en casa alguna desde el día en que yo saqué a los hijos de Israel del Egipto” (...) Afirmando que no necesitaba de una casa, dice además: “He estado contigo en todas partes, por donde ustedes andaban” (2 Sam 7, 1-10). Los profetas, temerosos ante situaciones difíciles, nunca dejaban de escuchar una voz interior que decía: “No tengas miedo; estoy contigo” (Is 43, 2-5; Jer 1, 19).

319. Lo que alegra el corazón de las juventudes es que su Dios es Alguien que les acompaña, que les comparte su amistad (1Sm 16, 12), cuida y guía en su camino (Ex 13, 21-22), fortalece en el caminar (2 Mc 7). La Biblia lo llama “Emmanuel”, Dios con nosotros (Is 7, 14; Mt 1, 23). Su propio Hijo, a quien envía y vive en medio de nosotros es la presencia divina más cercana a los jóvenes. En el Horizonte de las juventudes está, por lo tanto, un Dios acompañante.

2. DIOS HIJO, CAMINO HACIA EL HORIZONTE

320. Dios se hace historia, se encarna en María Virgen y se hace hombre, Jesús de Nazaret, “rostro humano de Dios y rostro divino del hombre”¹²⁰. Habiéndose manifestado de muchas formas, como dicen los Evangelios, Dios ha enviado a su propio Hijo para que nos revele más plenamente al Padre, para hacernos comprender que hay un Horizonte real para las juventudes y que Él es el Camino. Dios se hizo hombre en la persona de Jesús.

321. El Hijo del Padre, el Emmanuel, “Dios con nosotros” (Is. 7,14), va a decir a todos, incluyendo a los jóvenes, que, Él es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6),

... es el camino de la salvación, porque nos revela “la verdad” de Dios y del hombre; y es la “vida”, porque nos da el amor, que es la vida del mismo Dios. El camino no es una calle, sino una persona a seguir; la verdad no es un concepto, sino un hombre al que hay frecuentar; la vida no es un dato biológico, sino un amor al que hay que amar¹²¹.

322. El joven, caminante hacia su propio Horizonte, quien peregrina a tientas en su búsqueda, halla en la persona de Jesús, quien lo conduzca a su verdadero destino, a su vez, es quien hace que el joven comprenda que su búsqueda tiene una raíz profunda: la llamada de Dios a la juventud. Cristo-camino es el espacio de encuentro de quien es llamado –el joven– y de quien llama –Dios Padre–, Cristo es el Camino.

323. El joven en su caminar hacia el Horizonte di-

vino no busca exclusivamente llegar a la meta, sino que ansía encontrar la verdad, que es la “exigencia más profunda del espíritu humano”; igualmente se busca a sí mismo y ese Alguien que le atrae; en Cristo-Verdad descubre su verdadero ser, origen y destino, además comprende que Dios Padre es Amor. La búsqueda de sí mismo y de ese Alguien que orienta el caminar de la juventud, adquiere un rostro: el de Jesucristo, Él es la Verdad.

324. El joven, en su caminar, lleva consigo un anhelo existencial: la felicidad. La juventud busca el sentido de la vida, la razón de la existencia, Cristo-Vida es la respuesta a este interrogante. La Vida plena está en el Amor, en el Amor infinito e incondicional del Padre a la juventud y en el amor de los jóvenes a Dios.
325. Jesús, hombre-Dios, es desconcertante porque nació pobre (Lc 2,6-7), formó parte de una familia trabajadora, vivió en Nazaret, aldea escondida de la Galilea. Allí vivió como uno de nosotros y allí creció en sabiduría, edad y gracia ante Dios y las personas de su tiempo (Lc 2,52). Como cualquier persona y como cualquier joven, en su proceso de maduración, fue desentrañando lo que Dios quería de Él, discerniendo su proyecto de vida. Para madurar este proyecto, vivió largos años en un pueblo sencillo llamado Nazaret. Sensible a la búsqueda religiosa y a las expectativas mesiánicas de su pueblo, como joven maduro, se dejó bautizar en las márgenes del río Jordán por su primo Juan Bautista, “la voz que clamaba en el

desierto” (Lc 3, 4). A veces nos preguntamos cómo habrá sido el joven-Jesús, y no nos damos cuenta que Él, en medio de nosotros, ha sido joven toda su vida, tanto en Nazaret como en la vida pública, murió joven, después de haber dicho que daba la vida porque quería (Jn 10,17).

2.1. El Horizonte de todo ser humano hecho Reino en Jesucristo

326. En la persona de Jesús el Horizonte colmado de Dios se hace presente, ya al inicio de su misión proclama que “el Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; la liberación a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18 – 20). Él no sólo anuncia la inminente cercanía del Reino de Dios sino que Él es el Reino mismo presente entre la humanidad.
327. Sus palabras y sus acciones anunciaban y confirmaban que el Reino de Dios, el gran proyecto del Padre, el plan de Dios era y es hacer del universo una gran familia: los nuevos cielos y la nueva tierra anunciada por los profetas y que siempre está empezando y realizándose. El argumento más importante en la vida de Jesús ha sido vivir y hablar de este Reino, un Reino de Vida y de Verdad, de Justicia y de Libertad, de Alegría y de Paz. En Jesús, este Reino se encarna y se personifica.

328. Este Reino no es simplemente una doctrina que se enseña, ni una moral que se impone, ni una ideología que se transmite; es una actitud, una práctica, una vida, una persona que tiene un rostro, Jesús. Es el Horizonte de todo ser humano que, sin dejar de serlo, se torna Camino, una forma propia de ser y obrar en el mundo.
329. Para hablar del Reino, Jesús utilizaba parábolas y lo visibilizaba por medio de gestos. Estas parábolas y estos gestos son muchos. Basta mirar el capítulo 13 de Mateo y darnos cuenta de que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados, los sordos oyen y se anuncia a los pobres la buena noticia del Reino. Para entrar en el Reino, es necesario convertirse (Mc 1,15), nacer de nuevo (Jn 3,3-21), tener un corazón de niño (Mc 10,15), amar a Dios y a los hermanos y hermanas (Mc 12,28-34) y tantas otras actitudes simples del día a día.
330. Jesús de Nazaret se entregó todo al proyecto del Reino de Dios. Para Él nada era demasiado, por eso da su vida enteramente, incluso dándose como alimento en la Eucaristía. Como cualquier joven, cuando Jesús percibe y descubre la riqueza del Reino, que está próximo y que está en el medio de nosotros (Lc 17,20-21), lo asume como algo absoluto, todo lo demás se vuelve relativo, lo que realmente es importante es buscar el Reino de Dios; todo el resto vendrá por añadidura (Mt 6,33).
331. El Reino se vive en una dimensión existencial original y nueva, la del amor. En las bienaven-

turanzas (Mt 5, 1-10) gran carta magna, Jesús indica quienes son ciudadanos del Reino, cuál es la condición para pertenecer a éste, invierte los valores del mundo por los valores del Reino. La síntesis de las bienaventuranzas es dada por Cristo en el cenáculo, desvela la nueva existencia “les doy un mandamiento nuevo: Ámense los unos a otros, como yo los he amado, así también ámense los unos a los otros. En esto conocerán todos que son mis discípulos, si tienen amor los unos con los otros” (Jn 13:34-35). En la cruz confirma su mandato, el indicativo se vuelve imperativo. La vida de Cristo, desde el heno del pesebre hasta el madero de la cruz, siempre fue amor.

2.2. Los rostros sufrientes en el Reino

332. El proyecto del Reino es universal, pero sus destinatarios privilegiados son quienes más sufren las consecuencias del anti-reino: los pobres. Jesús es próximo, se identifica con ellos, conviviendo con quienes no tenían lugar dentro del sistema social, económico, político y religioso de la época. En el Reino no son marginados, ellos son radicalmente incluidos y, por eso, Jesús los acoge, es veraz con los ricos, llama a pecadores (Mt 9, 13); acoge a las prostitutas (Mt 21,31), a los samaritanos (Jn 4,22-24), a los leprosos y leprosas y los endemoniados y endemoniadas (Lc 5, 12-14), a los marginados, a las mujeres (Lc 8-1-3), a los enfermos, los publicanos y, también a las juventudes. Vivir en el clima del Reino y ser amigo de Jesús no combina con explotaciones y opresiones de ningún

tipo, ni combina con un corazón cerrado para los preferidos de Dios.

333. En la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37), Jesús mostró cuál es la manera de comportarse ante las necesidades; invita a todos los seres humanos, a las juventudes, a vivir un estilo de vida en el amor, tal como ellos mismos experimentan en su interior: no cerrar los ojos, mirar con ternura y afecto, levantar al caído, preocuparse por la situaciones urgentes, mirar más allá de lo inmediato, ofrecer una nueva esperanza, es decir, no ser indiferente frente a las situaciones de marginación, sino más bien cercano a los caídos en el camino y compartir con los empobrecidos, la pasión de toda la humanidad. Vemos, por eso, en las Sagradas Escrituras, la afirmación: “cada vez que hiciste esto a uno de mis más pequeños, a mí me lo hiciste” (Mt 25,40). El Padre asume en Cristo –Camino, Verdad y Vida– la atención y cuidado de la vida especialmente de los más vulnerables.

2.3. El Camino se vive en Comunidad

334. Jesús, Camino, Verdad y Vida, es alegría, autenticidad y felicidad. Una felicidad que explicitó en las Bienaventuranzas (Mt 5,1-12), las que, exige sean vividas en la comunidad de sus discípulos. Ahora bien, éstas se van gestando en la misma vivencia comunitaria. Por eso, reunió en torno a Él, a un grupo de personas sencillas que eran conocidas como los “discípulos de Jesús” (Mt 9,19; 13,10), es que la vivencia del Reino exige la vida en comunidad. No en vano las ju-

virtudes reunidas en comunidad afirman que este es el espacio vital de su felicidad.

335. Los discípulos, verdadera familia del Señor (Mt 12, 46-50) hacen presente el Reino, ese Horizonte buscado en la comunidad. A Jesús le agrada pasar el tiempo con sus discípulos y compartir con ellos momentos especiales de su trayectoria. Es muy significativo el caso de Pedro, Santiago y Juan, el caso de Lázaro, Marta y María: pesca con ellos, disfruta de momentos de descanso, va a las fiestas y no se opone a comer y beber (Mt 11,19), transformando estos momentos en un proceso de maduración humana y de fe, a través de permanentes momentos de convivencia.
336. Descubrir el Horizonte divino, siendo y viviendo en la comunidad de discípulos es comprender la naturaleza comunitaria de la persona, el yo-tú que se hace un nosotros; es comprender cómo la divinidad humaniza a la persona, a la juventud. De ahí que ver hoy a los jóvenes viviendo la gratuidad de la amistad, del donarse y estar con los otros y las otras es ver a Dios en lo más sencillo y humano; es recordar a Jesús viviendo con sus amigos y amigas este misterio tan intenso de la vida. Ver a la juventud hoy, llorando la pérdida de un amigo es ver y percibir en ella al Dios de la Vida llorando igualmente la muerte de Lázaro. Percibir el Reino de Dios viviendo en la comunidad de discípulos nos ayuda a entender el misterio de la amistad, de la fraternidad, de la donación, valores humanos que nos aproximan a la vivencia del misterio del amor trinitario y del

amor Eucaristía

2.4. El Camino es un estilo de vida

337. La persona de Jesús, sus palabras, sus acciones y su estilo de vida, van construyendo el verdadero discípulo, van edificando la verdadera comunidad de los discípulos; de siervos a amigos (Jn 15,15), de amigos a hermanos (Jn 20,17). Cristo marca en los discípulos un nuevo estilo de vida, basado ya no en los valores del mundo sino en los valores del Reino.

338. En primer lugar, el estilo de vida de Jesús es *la libertad*. En Él la libertad está para realizar su designio de salvación, el proyecto del Reino; por eso es un hombre libre ante el mundo, ante todos y sobre todos (personas, instituciones, cosas y ante sí mismo); es libre ante las riquezas, libre ante la autoridad, libre ante la ley religiosa y civil de su pueblo. Una libertad interior tal, tan extrema, que lo llevará a renunciar a su propia vida, dándola por amor a los suyos hasta el fin (Jn 13,1), “yo la doy libremente” (Jn. 10, 17), dijo Él.

339. En segundo lugar, el estilo de la vida de Jesús, se manifiesta en la *vivencia clara y decidida de su misión*. Frente a esta misión nada cuenta: ni el comer, ni el dormir, ni la vivienda, ni el desvío de los parientes que lo toman por loco. Lo que importa es el Reino. Y eso Él lo fue descubriendo progresivamente, como joven que vive el gran éxodo. Durante los años silenciosos en Nazaret, en la convivencia diaria

con su familia, en las amistades que ha tenido, en el trabajo simple y bonito de la carpintería, leyendo con atención las Escrituras y mirando detenidamente la situación y las necesidades de su pueblo, observando de modo especial, la realidad de su comunidad, Jesús maduró su Proyecto de Vida. Cuando llegó el momento oportuno, lo dio a conocer, empezó a trabajar para hacerlo real, invitando a otros adherirse a su propuesta y a comprometerse en su seguimiento. Queda claro que Jesús vive a plenitud la misión encomendada por el Padre (Jn 5,30).

340. En tercer lugar, el estilo de la vida de Jesús *se muestra en la amistad* que vive en todo instante y en cada momento. Leyendo la vida de Jesús, veremos –en diversas ocasiones– que Jesús vive y constituye amigos por los caminos. Uno de los casos más bellos es la amistad con Marta, María y Lázaro en las tierras de Betania. Allí encontraremos a Jesús en diferentes oportunidades. La amistad presupone estar juntos y “convivir”. ¿Cuántos jóvenes no quedan horas y horas en la casa de amigos y amigas hablando de la vida? Lo mismo hace Jesús en la casa de Marta, María y Lázaro. Jesús vive tan intensamente la amistad que vemos lágrimas goteando de sus ojos al saber de la muerte de su amigo Lázaro. ¿Cuántos jóvenes no lloran por los amigos que mueren de diversas formas?
341. En cuarto lugar, el estilo de la vida de Jesús se muestra por el *amor entrañable, misericordioso, compasivo que tiene hacia la persona humana*. La persona humana está dentro de Él y,

por eso, siempre está listo para el perdón, vive cargado de comprensión y compasión, se hace prójimo de todos y todas, especialmente de los pobres, débiles, oprimidos y marginados. Ama porque espera siempre la posibilidad de un cambio radical. Por eso espera de Zaqueo, espera del joven rico (Mt 19,16-26); espera conversión de las prostitutas y del fariseo Simón (Lc 7,36-50); espera de los discípulos lentos para entenderlo y tardos para creer. De todos espera un cambio, aunque el cambio a veces no se dé. Él los ama con amor intenso e incondicional.

342. En una sociedad donde los niños y las mujeres no eran considerados y no tenían posibilidades de participar de la vida del pueblo, Jesús tuvo con ellos un comportamiento muy especial. Nunca fue huraño con ellos. Acoge a los niños y los pone de ejemplo para aquellos que deseen entrar en el Reino de los cielos (Mt 18,3), miró a las mujeres con amor y con respeto y, muchas de ellas, lo siguieron como Marta y María (Lc 10, 38 s), María Magdalena (Jn 20, 1-2), la mujer adúltera (Jn 8, 1-11), la samaritana (Jn 4, 1-30), etc. Tanto que solo ellas estuvieron con Él en la consumación de su proyecto en la Cruz. Las personas que se encontraban con Jesús sentían su afecto y el calor de su acogida. Fue capaz de dar a cada quien su lugar, de aceptar y respetar la particularidad de cada situación y de cada proceso, de ofrecer siempre su amistad, de entregar su vida por los que amaba, de abrir a todos el camino para el encuentro con el Padre, que también era su Padre. Cuando quiso dejar el testamento de su vida, habló del man-

damiento nuevo: “ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn 15, 12-14).

343. En quinto lugar, el estilo de la vida de Jesús revela una *profunda fe en el Padre*. Llamaba a Dios “Papá”, su obsesión era hacer la voluntad del Padre. Esta fidelidad al Padre era una entrega plena: “no sea como yo quiero, sino como Tú quieres” (Mt 26,39), tal como oró en el Getsemaní. En la voluntad del Padre vivía el misterio de la realización plena, la verdadera alegría, porque somos más libres cuanto más ponemos a Dios como centro de nuestra vida.
344. La vida de Jesús es una constante alabanza y referencia al Padre. “Mi alimento es hacer la voluntad del Padre” (Jn 4,34). Viéndolo llevar la vida de oración que cultivaba, los discípulos le piden que les enseñe a orar y Él les enseñó el Padre Nuestro (Lc 11, 1-4).
345. Por eso, Jesús invita a los jóvenes a ser y vivir este estilo de vida grabado en sus corazones juveniles, y a anunciar con sus vidas alegres e intensas que el amor auténtico es posible, y a reconocer, en este camino, la presencia del Dios de la Vida.
346. Se trata de ser capaces de vivir la libertad de los hijos de Dios (Gal 5,1-2), construyendo su proyecto de vida acorde con la misión que Dios Padre les encomienda (Lc 24, 33-35), vivir en íntima amistad con Cristo (Jn 15, 9-10), apasionadamente su cercanía a los otros, especialmente a los más pobres y excluidos (Hch 3,

6-7), unidos íntimamente por la fe con el buen Padre Dios. Se trata de dialogar, de aprender a escuchar y a compartir, de ser constantes en los compromisos asumidos, de mirar los intereses de los demás como más importantes que los propios, de entregar las capacidades personales sin esperar recompensa, de ir dando la vida en las acciones humildes y sencillas de cada día. Se trata, definitivamente, de ser testigos de la Civilización del Amor.

2.5. Ser discípulos misioneros en camino

347. Desde el principio Dios creó al ser humano para que participara de la Vida plena. El pecado aleja a la humanidad de su destino originario haciendo que pierda el rumbo. Jesucristo llama a reemprender el camino a la casa del Padre (Jn 14,2; 20,17). El origen de la llamada está en Jesucristo (Mc 1,17). No son los discípulos quienes eligen a Jesús como Maestro, es Él quien les elige, les llama a ser sus discípulos.

348. Les llama específicamente, no para enseñarles una doctrina ni cómo interpretarla, aunque lo hiciera, sino para que estén con Él y sean testigos, "el discipulado de Jesús implicaba la convivencia continuada, porque los discípulos no sólo tenían que aprender unas enseñanzas, sino que debían ser testigos de las acciones en las que se hacía presente el reinado de Dios anunciado por Jesús"¹²². El objeto de la llamada es seguirle a Él; ser discípulo es ir tras Jesús, es una invitación a seguirle (Lc 9,60; Mc 1,18; 10,28) a ir detrás de Él (Mc 1,17.20). Por eso, el senti-

do fundamental de la misión del discípulo es el testimonio de su experiencia de Dios en Jesús.

349. El joven, discípulo caminante, yendo tras las huellas de Jesús es llamado a asimilar la actitud existencial del Amigo Jesús, los amigos generan una metamorfosis en los amigos, se produce una transfusión de valores, de formas de ser, de estilos de vidas. San Pablo llega a decir “vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). Ser cristiano no es adherirse a una doctrina, a ritos o tradiciones religiosas: es seguir a Jesús, estar con Él y hacerse discípulo.
350. Jesús, además llama a los jóvenes a ser sus colaboradores, habiendo revelado los secretos del Reino, son llamados a compartir la misión de Jesús. Siendo Cristo el Camino ellos se hacen camino en el Camino. Él les dice a sus seguidores: “Venid y ved” (Jn 1,39), “Quien pone la mano en el arado y mira para atrás no sirve para el Reino de Dios” (Lc 9,26), “Id por todo el mundo y anunciad la Buena Nueva a todas las criaturas” (Mc. 16,15). La invitación a ser camino vive en la juventud; quien es feliz, no guarda la felicidad solo para él.
351. Seguir a Jesús implica compartir su destino. Hay momentos de alegría (Lc 10,17; Mt 17,4; Jn 16,22), pero seguir a Jesús exige también radicalidad, incluso si eso significa abuso y persecución. El seguimiento de Jesús pasa por la cruz, “si alguien quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Lc 9,23). Basta ver lo que sucedió al propio Jesús en el Monte

de los Olivos, en la traición de Judas, en la actitud cobarde de Pedro.

352. El Evangelio de Lucas presenta la vida de Jesús como una gran caminata a Jerusalén, el lugar decisivo de su vida, eso no es fácil; lo que importa es la coherencia en nuestro amor a la Vida y en Cristo a la humanidad. El Maestro llegó al Calvario acompañado únicamente por Juan el más joven de los discípulos, su Madre y algunas mujeres (Jn 19, 25-26), fue allí que la humanidad y, en ella las juventudes, reencontraron su identidad.
353. Sin embargo, quien sigue a Jesús, sabe que Él no lo abandona, Él dice que no debemos temer porque Él ha vencido el mundo (Jn 16, 33) y Él es la resurrección y la vida (Jn 11, 25). La muerte no tiene más dominio sobre nosotros porque “aquel que cree en Mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11,25-26). La resurrección transformó la vida de los discípulos e hizo que los temores se transformaran en alegría (Jn 21,7). En medio de los dolores, Jesús, Camino, camina con nosotros. Está presente en medio de nosotros como “compañero de camino”, así como leemos en el relato de Emaús (Lc 24, 13-35).
354. Seguir a Jesús, ser camino en el Camino, exige que asumamos la grandeza que vive en nosotros y seamos protagonistas, discípulos misioneros, sujetos de nuestra historia y constructores de la historia de nuestros pueblos.
355. Un estribillo insistente del Camino resuena sin

cesar en nuestra interioridad más profunda: ¡Levántate y anda!” (Lc 7, 14). Es de esta forma que Él habla a toda la juventud en la hija del jefe de la sinagoga, Jairo (Mc 5, 21-43), en el hijo de la viuda de Naím y sigue hablando a la juventud de todos los tiempos y lugares.

356. ¡Cuán importante es darnos cuenta de que Jesús se hizo Camino para nosotros! Los Evangelios están narrados en clave de dimensión del camino. El camino del joven, y de todo discípulo misionero, es ir a Jerusalén y no abandonarla, como lo hicieron los discípulos de Emaús. Jesús, el Camino no quiere que nos desviemos de la ruta.

3. DIOS ESPÍRITU SANTO, FUERZA ANIMADORA DEL CAMINAR

357. Asumiendo la juventud como una realidad teológica –una dimensión divina a ser descubierta todavía– y teniendo en cuenta, los fundamentos teológicos y doctrinales de la Pastoral Juvenil, podemos decir que, de modo especial, el Dios de la juventud es el Espíritu Santo, fuerza animadora del caminar. Esta fuerza es comunicada por Jesucristo. Él “al comienzo de su vida pública, después de su bautismo, fue conducido por el Espíritu Santo al desierto para prepararse para su misión (Cf. Mc 1, 12-13) y, con la oración y el ayuno, discernió la voluntad del Padre y venció las tentaciones de seguir otros caminos. Ese mismo Espíritu acompañó a Jesús durante toda su vida (Cf. Hch 10, 38). Una vez

resucitado, comunicó su Espíritu vivificador a los suyos (Cf. Hch 2, 33)” (DA 149).

358. La narración del Génesis dice que “la tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas cubrían el abismo, y un fuerte viento sopló sobre las aguas” (Gn 1,2). Podemos leer eso pensando en la juventud, sobre la cual el viento sopla, así como el Espíritu fecunda los mares y hace germinar la vida, así el Espíritu, estando presente en los jóvenes, es quien les impulsa en el caminar hacia el Horizonte, les permite descubrir a Cristo como Camino, Verdad y Vida; les anima y conduce en su vocación de discípulos misioneros, les hace constructores de la Civilización del Amor. Él es y está en la energía de los jóvenes, en su pasión por la vida, en su alegría, en la amistad fraterna, en su búsqueda y construcción del bien y la verdad. En las juventudes el Espíritu se manifiesta de manera particular.

3.1. El Espíritu en los jóvenes

359. El Espíritu de la Vida se manifiesta en el joven indígena y en el afroamericano, en el campesino y en el urbano, en el minero y en el pescador, en el estudiante y en el obrero, en el migrante y en el encarcelado, en el deportista y en el enfermo. Lo hace cuando con su vida van construyendo, en comunión con los suyos, la familia como comunidad de discípulos misioneros, escuela formadora de valores; cuando hacen de su grupo una comunidad fraterna y solidaria; cuando orientan su búsqueda de la felicidad hacia Dios

Padre que habita en ellos; cuando impulsados por la sensibilidad social y política luchan por la verdad, la libertad y la justicia; cuando hacen del bien común un imperativo de vida; cuando son constructores de la Civilización del Amor a través de la solidaridad y la caridad; cuando a través de sus expresiones culturales, musicales y artísticas construyen su identidad, condenan toda violencia y explotación, defienden los derechos humanos y se comprometen en el cuidado de la casa de todos; cuando a través de la tecnología y la comunicación proclaman una vida más justa basada en los principios humanos y más aún en los principios evangélicos; en todo esto, en el joven latinoamericano se manifiesta el Espíritu.

360. Él está presente en la juventud y siembra en ella las semillas de la alegría, de la esperanza y de la transformación. Podemos decir que el Espíritu Santo es un obsequio para todos, se dona a los jóvenes y por lo tanto a la sociedad, dando a cada uno, como afirma el profeta Ezequiel, un solo corazón y un nuevo espíritu, dándoles un corazón de carne (Ez 36,26). El Espíritu es novedad, es juventud. Luego, los dones del Espíritu toman características típicamente juveniles porque, en las juventudes, Él encuentra una forma de expresión muy especial.

3.2. Juventud y los dones

361. Pero hay otros hechos juveniles que son fruto del Espíritu y se encarnan en los jóvenes. Para

nombrar unos pocos, recordamos los dones del Espíritu que encuentran un nido particular, en el corazón de todos los jóvenes:

- a) La audacia –no sólo con sus riesgos– hace que los jóvenes sean capaces de tomar puestos de trabajo superando el temor, la tentación de la apatía, siempre abiertos a la novedad;
- b) El dinamismo. El Espíritu mantiene a las juventudes inquietas y las llena de energía para participar en todo lo que puedan trabajar con sus ideas y su capacidad, tratando de ser el sacramento de la novedad;
- c) La espontaneidad. Permite a los jóvenes expresarse, a su manera, superar visiones estructuradas y formalistas del mundo que les rodea y celebrar su fe con sencillez y entusiasmo.
- d) La amistad. Hace que los jóvenes deseen querer y dejarse querer por la gente, saboreando actividades en comunidad y disfrutando de la gratuidad de los momentos para reunirse y compartir la vida como una fiesta.
- e) El espíritu de lucha. Este espíritu ayuda a los jóvenes a que realicen las aspiraciones de su pueblo, para llevar a cabo la defensa de la vida y de los derechos humanos, sin perder el ánimo ni cruzarse de brazos ante la pobreza y la injusticia.
- f) La solidaridad. Es un sentimiento que impulsa a los jóvenes para hacer suyo el espíritu del Buen Samaritano, sufriendo con los dolores del mundo y sin cansarse de levantarlos.

tar a los caídos en el camino y dar esperanza a los desesperados.

- g) El amor. Es uno de los sentimientos más presentes en la juventud, intentando darse en las formas más sorprendentes, integralmente al otro.

362. Y así podríamos hablar también de la alegría, de la creatividad, de la resiliencia y de muchas otras manifestaciones que surgen de los jóvenes como expresiones del Espíritu Santo. No es coincidencia que muchos jóvenes celebren el sacramento de la Confirmación como un acontecimiento trascendente de su proceso de educación en la fe, y como una invitación a comprometerse a ser actores y protagonistas de su vida de fe, discípulos misioneros de Jesucristo.

363. Aceptan que el Espíritu se haga cargo de sus vidas; que el mismo Espíritu que llevó a María a decir “sí”; que llevó a Isabel, su prima, a proclamarla “bendita entre las mujeres” (Lc 1, 41-42); que llevó a Jesús al desierto antes de comenzar su vida pública y que fue prometido por Él, sea quien les conduzca para poder seguir las huellas del Maestro-Amigo. ¡Qué hermoso es, por tanto, saber por San Pablo, que somos templos del Espíritu Santo! (1 Co 3,16). Que Él es la fuente misma de los ministerios y carismas de la juventud, quien dispone y capacita para vivir el discipulado misionero, la fraternidad y donación propias de las comunidades juveniles, quien permite anunciar con la vida la presencia del Reino de la vida. Es en la juventud que el Pentecostés tiene un color muy

especial.

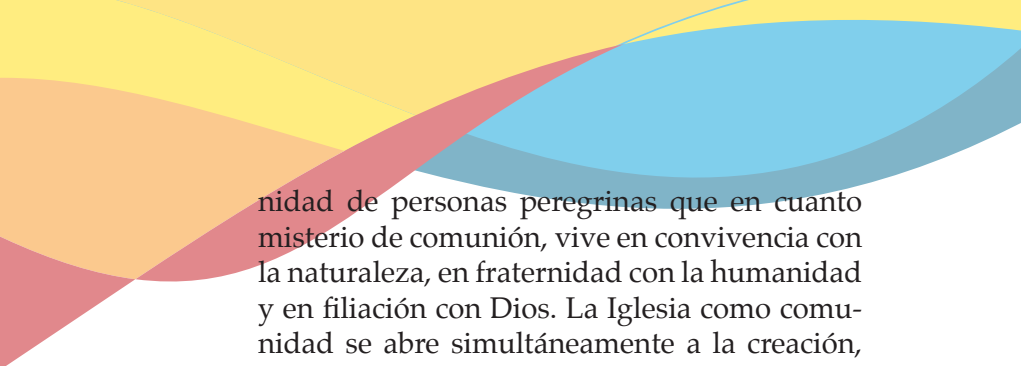
4. LA IGLESIA, COMUNIDAD DE DISCÍPULOS Y DISCÍPULAS MISIONEROS CAMINANTES

4.1. La Iglesia comunidad peregrinante

364. Dios desde siempre ha amado y ama al ser humano, participándole la existencia para que tenga vida Plena, creándole a imagen y semejanza suya, constituyéndole ser social y comunitario. “Dios Padre ha querido que los hombres y mujeres formasen una sola familia y se tratasen entre sí con espíritu de hermanos, a imagen de la Trinidad” (GS 24); Cristo, Don del Padre, plenifica en la humanidad su naturaleza de comunión, llama a los suyos a vivir en el misterio de la unidad trinitaria, ora al Padre para que los suyos sean uno en el amor trinitario (Jn 17,21); es el Espíritu del Resucitado, Don del Padre y del Hijo, quien restaura esta naturaleza comunitaria del hombre (Hc 2. 1-2, 5-8) y confiere la gracia con los valores para vivir en comunidad (Gal 5,22-23).

365. Esta comunidad de discípulos misioneros es peregrina, siguiendo las huellas de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, camina hacia el Horizonte, hacia el Dios Padre, guiado y conducido por la fuerza del Espíritu, haciendo realidad el “ya pero todavía no” del Reino.

366. La Iglesia, y en ella la Iglesia joven, es comu-



nidad de personas peregrinas que en cuanto misterio de comunión, vive en convivencia con la naturaleza, en fraternidad con la humanidad y en filiación con Dios. La Iglesia como comunidad se abre simultáneamente a la creación, a la humanidad caminante y a Dios como su horizonte.

367. No puede pensarse la comunidad peregrina sin un espacio concreto, un escenario en el que se da el encuentro personal con Cristo. La dimensión ecológica es parte de la localización de la Iglesia, de su ser “local”, encarnado en un territorio, en este y desde este, emprende el camino hacia la casa del Padre. Un primer misterio de comunión es la integración de la creación y en ella el don de la vida en el servicio co-creador de la Iglesia. Si bien la comunidad camina hacia la casa del Padre, el universo es la casa que el Creador ha dado a todos, que ha sido puesta en nuestras manos para ser buenos administradores de ella (Gn 1, 26-31); el cosmos siendo valorado, amado y cuidado se hace testigo de la redención que la creación aguarda (Rm 8, 19-21). Vivir en un ambiente humano o humanizar el ambiente circundante es un objetivo ligado a la fe: la integración de lo creado al ser humano y de éste a Cristo Jesús.

368. Igualmente, como comunidad de personas peregrinas, todos los miembros que la constituyen están unidos por un valor supremo: el Amor; como comunidad de fe, de esperanza y caridad, establece relaciones interpersonales, indispensables para toda persona; en la comu-

nidad, la amistad se convierte en fraternidad, la fraternidad se hace donación; se va más allá de la unidad que implica intereses comunitarios, más allá de los lazos de la sangre, es la participación de un mismo Espíritu, el de Cristo Resucitado, quien da lugar y fundamento a la unidad de miembros de la comunidad.

369. La comunidad además de la unión con la creación y la convivencia oblativa con los otros, implica la relación filial con Dios, creador y Padre. Es una exigencia de la dimensión misma de la comunidad de los discípulos de Jesús quienes “están llamados a vivir en comunión con el Padre (1Jn 1, 3) y con su Hijo resucitado, en “la comunión en el Espíritu Santo” (2 Cor 13, 13). El misterio de la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta del misterio de la Iglesia: “un pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, llamada en Cristo “como un sacramento, o signo, e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (Cf. LG 1).

370. La Iglesia como comunidad que peregrina es Pueblo de Dios, es sujeto histórico, protagonista del misterio de Dios, si bien se orienta a lo espiritual lo hace a partir de la experiencia humana, estando siempre pronta a dar testimonio de Cristo en todas partes y a dar razón de su esperanza en la Vida Plena a quienes se la pidan (1 Pe 3,15). La Iglesia es conjuntamente “sujeto cultural”, signo e instrumento de renovación y transformación de la cultura, favoreciendo y asumiendo las riquezas de los pueblos, purifi-

cando y elevando las costumbres de los pueblos. La Iglesia joven tiene una gran tarea de evangelización, inculturando el Evangelio en las culturas juveniles.

371. La Iglesia siendo comunidad sale al encuentro de la necesidad radical de las juventudes: la vivencia comunitaria. Uno de los hallazgos de raíz de la juventud, es que ella está hecha para convivir. El discurso de una Iglesia comunidad se refleja en los jóvenes porque van aprendiendo que la felicidad no se vive solo sino en comunidad, por eso la vivencia de la amistad y la fraternidad en tantos espacios de convivencia que se vuelven comunidades. El desafío que se presenta es el de ser capaces de transformar el “grupalismo” (suelos por todas partes) en experiencia de comunidad. Por cierto, el secreto de una buena preparación para la Confirmación es ayudar a los adolescentes a que tengan una buena experiencia de la vida de grupo, es decir, una experiencia de Dios que es comunidad.

4.2. La Iglesia comunidad de discípulos de Jesucristo

372. La Iglesia se orienta al Padre no sólo como comunidad peregrinante, sino en una dimensión más íntima, como comunidad de discípulos (Hch 6, 1-2.7), que tiene como misión conformar una comunidad de hermanos; hacer de la humanidad la gran familia de Dios. Los que durante el camino, en un momento son compañeros y luego pasan a ser amigos, de amigos

pasan a ser hermanos. Los discípulos de Cristo pueden visualizarse en tres círculos:

Hay un círculo amplio de simpatizantes, que se interesan por el mensaje y el estilo de vida cristiano, aunque su compromiso sea débil y variable. Hay otro círculo más cercano y asiduo, más comprometido y constante. Hay, por último, un círculo de seguidores más cercanos y comprometidos, que se dedican con más intensidad a la tarea pastoral y tienen una función de liderazgo dentro de nuestras comunidades. Quienes forman parte de estos tres círculos pueden considerarse discípulos de Jesús, aunque lo sean de distinta forma y en distinta medida¹²³.

373. La Iglesia comunidad de discípulos se centra en el movimiento de Jesús, en la Persona de Jesús; la comunidad peregrinante encuentra su dinámica de camino en la orientación de la vida hacia Alguien que está en el Horizonte de la comunidad; ahora esa dinámica en la comunidad de discípulos brota desde Alguien. El discipulado cristiano es dinámico e implica una actitud existencial que brota de la llamada de Dios y genera una respuesta de la persona; el don de la llamada mueve a una misión: el anuncio de la experiencia de vida, el anuncio de una Persona: Cristo resucitado.

374. El discipulado, el seguimiento, implica una íntima relación con Jesús, un configurarse con Él, compartir un estilo de vida y una misión. Dicha configuración se da a través de la escucha, de la interiorización y vivencia de la Palabra y de los sacramentos, especialmente

de la Eucaristía, “nunca hemos de olvidar que el fundamento de toda espiritualidad cristiana auténtica y viva es la Palabra de Dios anunciada, acogida, celebrada y meditada en la Iglesia¹²⁴ y la Eucaristía es origen de toda forma de santidad¹²⁵. La Iglesia es una comunidad de seguidores de Jesús, el discipulado es una dimensión constitutiva de la Iglesia.

4.3. La Iglesia comunidad de discípulos misioneros en el Espíritu Santo

375. La comunidad de discípulos es constitutivamente comunidad misionera, “en el pueblo de Dios la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí (...) La comunión es misionera y la misión es para la comunión” (DA 163), ambas dimensiones responden a la unidad constitutiva del cristiano, un discipulado que no se hace misión o una misión que no se testimonia con el discipulado carece de verdadero valor y significado.

376. Cristo llama a sus discípulos y configurándolos con Él, los prepara para la misión. Después de la resurrección, habiéndoles participado la Vida nueva, les comunica a Aquel que hace posible y fecundo el envío, el Espíritu Santo (Jn 20, 21-22). La misión encomendada por Cristo para el discípulo no sólo es un mandato, es una tarea propia, “todos los fieles, como miembros de Cristo vivo (...) tienen el deber de cooperar a la expansión y dilatación de su Cuerpo, para llevarlo cuanto antes a la plenitud (Ef 4, 13)” (AG 36). Este deber brota de la fuerza interna

que genera la experiencia, personal y comunitaria, con la Persona de Cristo. La buena noticia, el anuncio del Reino presente en Jesucristo, no puede guardarse para sí, se proclama a los cuatro puntos cardinales.

377. El mensaje que transmite el discípulo no es una doctrina, ni una ley, es una Persona, Jesucristo vivo y resucitado. El misionero transfiere el amor misericordioso del Padre a la humanidad, dado a manos llenas en Jesucristo, amor preferencial por los más pobres y necesitados, “por ello, imitar la santidad de Dios (...) no es otra cosa que prolongar su amor en la historia, especialmente con respecto a los pobres, enfermos e indigentes (Lc 10, 25ss)” (EAm 30).
378. La pedagogía para transmitir el mensaje no es propiamente con un discurso humano sino sobre todo con el testimonio de vida. Es a través de la experiencia de cercanía de Jesucristo en la comunidad y la conversión permanente, que el discípulo misionero comunica la riqueza de la fe, la alegría de la esperanza y la fuerza de la caridad. En el sacramento de la Confirmación, el discípulo, a ejemplo del Maestro, es ungido y enviado para ser instrumento de comunión al servicio de la unidad de todos los seres humanos con Dios, es capacitado para ser misionero, colaborador de Cristo en la construcción de un mundo más justo y solidario.
379. El Espíritu Santo confiere a la comunidad de discípulos misioneros la diversidad de carismas, ministerios y servicios indispensables en

el anuncio del Reino, éstos

... abren el horizonte para el ejercicio cotidiano de la comunión a través de la cual los dones del Espíritu son puestos a disposición de los demás para que circule la caridad (Cf. 1 Cor 12, 4-12). Cada bautizado, en efecto, es portador de dones que debe desarrollar en unidad y complementariedad con los de los otros, a fin de formar el único Cuerpo de Cristo, entregado para la vida del mundo. El reconocimiento práctico de la unidad orgánica y la diversidad de funciones asegurará mayor vitalidad misionera y será signo e instrumento de reconciliación y paz para nuestros pueblos. Cada comunidad está llamada a descubrir e integrar los talentos escondidos y silenciosos que el Espíritu regala a los fieles (DA 162)”.

380. El Discípulo misionero, funda su vida en las bienaventuranzas del Reino y es conducido por el mandamiento del amor hacia Dios y hacia el prójimo. En medio de la crisis de valores que se vive hoy, tiene el desafío de proponer a la humanidad vivir los valores del Evangelio y ser constructores de la Civilización del Amor; como testigo de Jesucristo es llamado a proponer el camino de la dignidad humana y la libertad verdadera, la participación, la solidaridad y la austeridad de la vida, la gratuidad y el servicio a los demás en un amor obediente y oblativo conforme al estilo de vida de Jesús Maestro; está llamado a proponer, mediante el testimonio de su propia vida, el valor de tomar la cruz y seguir al Maestro. No hay discipulado sin cruz, no hay vida plena sin cruz. “El Espí-

ritu Santo ilumina, revelando a Cristo crucificado y resucitado, y nos indica el camino para asemejarnos más a Él, para ser precisamente ‘expresión e instrumento del amor que de Él emana’” (DCE 33). Y quien se deja guiar por el Espíritu comprende que ponerse al servicio del Evangelio no es una opción facultativa, porque advierte la urgencia de transmitir a los demás esta Buena Noticia. Sin embargo, es necesario recordarlo una vez más, sólo podemos ser testigos de Cristo si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, que es “el agente principal de la evangelización” (Cf. EN 75) y “el protagonista de la misión” (Cf. RM 21)¹²⁶.

4.4. Iglesia de comunión y participación

381. La vocación al discipulado misionero es convocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión. Ante la tentación, muy presente en la cultura actual de ser cristianos sin Iglesia y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, afirmamos que la fe en Jesucristo nos llegó a través de la comunidad eclesial y ella “nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia Católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión” (DI 3). Esto significa que una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta, en la que podamos vivir una experiencia permanente de discipulado y de comunión con los sucesores de los Apóstoles y con el Papa (Cf. DA 156).

382. La comunidad de discípulos misioneros tiene un acento muy particular, la comunión que se vive en la dimensión del Amor, éste por una parte es la esencia misma de Dios, “Dios es amor” (Jn 4,16), por otra, es lo más propio de todo hombre y mujer, creados a imagen y semejanza de Dios, identificados con Cristo y guiados por el Espíritu. El amor es la fuerza que conduce al ser humano y engloba lo más íntimo de su ser y hacer,

... conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad –sólo esta persona–, y en el sentido del “para siempre”. El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es “éxtasis”, pero no en el sentido de arrebato momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: “El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará” [Lc 17, 33]. (DCE 6).

383. La Iglesia, como “comunidad de amor” (DCE 19), está llamada a reflejar la gloria del amor de Dios que es comunión y así atraer a las personas y a los pueblos hacia Cristo. En el ejercicio de la unidad querida por Jesús, los hombres y mujeres de nuestro tiempo se sienten convocados y recorren la hermosa aventura de la fe.

“Que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea” (Jn 17, 21). La Iglesia crece no por proselitismo sino “por `atracción’: como Cristo atrae todo a sí’ con la fuerza de su amor”¹²⁷. La Iglesia “atrae” cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él los amó (Cf. Rm 12, 4-13; Jn 13, 34) (DA 159).

384. El lenguaje del amor se traduce en diversas vivencias que denotan siempre una alegre donación, la que se vive a través de la diversidad de carismas, ministerios y servicios participados por el Espíritu Santo, “estos abren el horizonte para el ejercicio cotidiano de la comunión, a través de la cual los dones del Espíritu son puestos a disposición de los demás para que circule la caridad (Cf. 1 Cor 12, 4-12)” (DA 162). Los jóvenes, portadores del Espíritu Santo, enriquecen la comunidad con los dones particulares otorgados a ellos, no sólo por su particularidad biológica, psicológica y cultural, sino por ser lugar teológico.

385. La Iglesia, comunidad de discípulos misioneros, es una comunidad en camino y en proceso, “el itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. El seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana,

al deseo de vida plena. “El discípulo es alguien apasionado por Cristo a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña” (Cf. DA 277).

4.5. La juventud es parte de la Iglesia y participa como Iglesia

386. Ser partícipe de la Iglesia no depende del deseo “generoso” de los demás miembros, sino que es un deber y derecho propio del joven en virtud del bautismo. El joven bautizado forma parte esencial de la Iglesia; es un hecho que debe ser potenciado, de esta conciencia brota en los jóvenes el deseo de vivir su vocación eclesial, a pesar de las brechas, las dificultades y las resistencias que se presentan en ella. La Iglesia, en sus estructuras clericales y laicales adultas, va cobrando conciencia de la importancia de los jóvenes en la sociedad y en ella. “La Iglesia mira a los jóvenes con esperanza, confía en ellos y los anima a buscar la verdad, a defender el bien común, a tener una perspectiva abierta sobre el mundo y ojos capaces de ver ‘cosas nuevas’ (Is 42,9; 48,6)”¹²⁸. Los jóvenes son “un don precioso para la sociedad”¹²⁹.

Los jóvenes y adolescentes... representan un enorme potencial para el presente y futuro de la Iglesia y de nuestros pueblos, como discípulos y misioneros del Señor Jesús. Los jóvenes son sensibles a descubrir su vocación a ser amigos y discípulos de Cristo. Están llamados a ser “centinelas del mañana”¹³⁰, comprometiéndose en la renovación del mundo a la luz del Plan de Dios. No temen el sacrificio ni la entrega

de la propia vida, pero sí una vida sin sentido. Por su generosidad están llamados a servir a sus hermanos, especialmente a los más necesitados con todo su tiempo y vida. Tienen capacidad para oponerse a las falsas ilusiones de felicidad y a los paraísos engañosos de la droga, el placer, el alcohol y todas las formas de violencia. En su búsqueda del sentido de la vida, son capaces y sensibles para descubrir el llamado particular que el Señor Jesús les hace. Como discípulos misioneros, las nuevas generaciones están llamadas a transmitir a sus hermanos jóvenes sin distinción alguna, la corriente de vida que viene de Cristo, y a compartirla en comunidad construyendo la Iglesia y la sociedad” (DA 443).

387. Los jóvenes “nunca están solos. La Iglesia confía en ellos, les sigue, les anima y desea ofrecerles lo que tiene de más valor: la posibilidad de levantar los ojos hacia Dios, de encontrar a Jesucristo, Aquel que es la justicia y la paz”¹³¹.
388. En el ser mismo del joven y de la joven, encontramos la razón de su importancia. En efecto, la contemplación de los jóvenes nos revela en ellos un ícono de la Trinidad, en el que podemos descubrir una teología de la creación, en cuanto que cada joven es obra del Padre; una teología de la alteridad, en cuanto que, en cada joven se revela Cristo, como el Otro, que plenifica la existencia juvenil; una teología de los valores, en cuanto que, el Espíritu Santo, guía del joven, le permite ir descubriendo y viviendo los valores humanos y cristianos, dando significado y sentido a su vida, tanto personal como comunitaria.

389. La Iglesia, Madre y Maestra, con sus aciertos y desaciertos en el acompañamiento de la juventud, sabe que los jóvenes son una riqueza singular, “es el tiempo de un descubrimiento particularmente intenso del “yo” humano y de las propiedades y capacidades que éste encierra¹³²; consciente de esta etapa de particular discernimiento existencial, valora la importancia de la juventud¹³³ y busca acompañarle y formarle de acuerdo al modelo de la persona de Jesucristo.
390. La dignidad del Pueblo de Dios es propia de todos y de cada uno de sus miembros. Siendo los jóvenes parte de este Pueblo, tanto los atributos de éste como su dignidad, les son propios, lo que les hace cobrar importancia. El hecho de que los jóvenes sean llamados o hayan sido incorporados por voluntad divina, al Pueblo de Dios, hace que ellos sean importantes para la Iglesia, ella ve en la juventud una enorme fuerza renovadora, símbolo de la misma Iglesia (Cf. DP 1178).
391. La antropología del Papa Juan Pablo II, reiteradas veces subraya una actitud que, si bien es propia de todo ser humano, se acentúa en los jóvenes, dicha virtud es la esperanza. En efecto, él les decía “en vosotros (jóvenes) está la esperanza, porque pertenecéis al futuro, y el futuro os pertenece”¹³⁴, este pensamiento antropológico nos da pie para referirnos a la importancia de la juventud desde su praxis.
392. La esperanza está en los jóvenes no como algo

que está en un recipiente, como el agua está en el vaso, sino más bien como una fuerza que les anima, que les dinamiza y les hace capaces de motivar tanto a la humanidad como a la Iglesia, ellos son una corriente de vida. Ahora bien, el futuro se va construyendo desde el presente, de modo que el futuro no es lo que está por venir, sino lo que ya está aquí, podemos decir que en los jóvenes está “el ya pero todavía no” de la nueva sociedad, el “ya pero todavía no” de la revitalización de la Iglesia.

393. La Iglesia, en y a través de los jóvenes, en cuanto comunidad de discípulos de Jesucristo, abre a sus coetáneos, y en general, a todo el género humano, la esperanza de la salvación (Cf. LG 9). Hacer realidad su vocación de discípulos misioneros permitirá al Espíritu de Jesucristo mantener vivas y siempre revitalizadas a la sociedad y a la Iglesia.

394. En el marco de las funciones sacerdotal, profética y real, que les han sido participadas por el bautismo, se explicita el por qué de la importancia de los jóvenes en la Iglesia desde su hacer. En su misión sacerdotal, los jóvenes, ofreciéndose ellos mismos y sus actividades al Padre en el Hijo, consagran y santifican, por obra del Espíritu Santo, primeramente el mundo juvenil, pero en general a la humanidad. En su misión profética, los jóvenes, por medio de su palabra, testimonio y vivencia cristiana, evangelizan, hacen presente el Reino de Dios a sus coetáneos y al género humano. En su misión real, los jóvenes, edifican su persona en la Per-

sona de Cristo, surgiendo una generación nueva, y generando un dinamismo transformador en la humanidad, capaz de construir la “nueva Civilización del Amor”.

395. Los jóvenes son *los hombres y mujeres del futuro, responsables y activos en las estructuras sociales, culturales y eclesiales, para que, incorporados por el Espíritu de Cristo y por su ingenio en conseguir soluciones originales, contribuyan a lograr un desarrollo cada vez más humano y más cristiano* (DSD 111).
396. Las sociedades se construyen desde sus imaginarios, los jóvenes deben mantener siempre vivos sus sueños e ilusiones y construir –“golpe a golpe, verso a verso”¹³⁵– una nueva sociedad y una renovada Iglesia. Los jóvenes deben tener la plena convicción de sentirse y ser Iglesia.
397. Por ser connatural a los jóvenes la esperanza, y desde la vivencia de su ser discípulos misioneros, les corresponder abrirse y abrir nuevos caminos que permitan ser constructores de “la Civilización del Amor”, ser sembradores de esperanza y constructores de paz” (Cf. DA 3).
398. La Iglesia debe “presentar a los jóvenes un Cristo vivo, como único Salvador, para que, evangelizados, evangelicen y contribuyan, con una respuesta de amor a Cristo, a la liberación integral del hombre y de la sociedad (Cf. DP 1166); igualmente debe abrirse a la juventud de tal modo que responda a las nuevas formas de

ser y hacer de las juventudes.

399. Las estructuras eclesiales deben aceptar las críticas de los jóvenes; urge la opción, afectiva y efectiva, por la juventud, un acompañamiento, apoyo y diálogo mutuo entre jóvenes, pastores y comunidad (Cf. DP 1184).

400. Ambos, jóvenes y estructura eclesial, una vez más deben escuchar la sabiduría de la Madre: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5) y ambos, jóvenes e Iglesia, debe hacer suya la respuesta de san Juan Diego a la Virgen Morena del Tepeyac: “Niña mía y Señora mía, de muy buena gana iré a cumplir tu voluntad”¹³⁶.

5. PARADIGMAS DEL CAMINO

401. Dentro de la comunidad eclesial tenemos la gracia de tener referencias que sirven de guía para la Pastoral Juvenil y para las juventudes.

5.1. María, discípula - misionera

402. Las juventudes nos enseñan que ellas no quieren caminar solas y que el caminar se hace más seguro, si se tienen referencias, las que nos hablan, animan a vivir y repiten que vivir en el Reino, no sólo es necesario sino posible. Entre estas referencias, la primera que experimentó el misterio de la voluntad de Dios en la historia humana y en su historia personal, es una mujer, más aún, una mujer joven, pobre, cercana a la realidad de la juventud. Esta mujer, esta

joven, además de ser la Madre de Jesucristo es Madre de todos nosotros, en la belleza y la simplicidad de su juventud. Ella es María de Nazaret. Como la madre de Jesús, el Camino, ella ocupa un lugar privilegiado en la historia de la salvación y en la historia de nuestras juventudes.

5.1.1. *María, discípula misionera, escucha y confía en la voz del Padre*

403. La vocación se entiende en función de una misión, la de Cristo, centro y plenitud de la historia. María se dona al servicio de la misión que el Padre le encomienda, misión que es la de su Hijo; en Él, ella plenifica su identidad y plenifica su vocación. Ella es todo para Jesús y se transforma y enriquece plenamente por y para Él. Es discípula misionera del Reino.
404. El discípulo de Jesucristo, en su proceso de configuración acoge a Jesucristo y Él habita en él. María es la morada de Dios Hijo. Mientras su Pueblo caminaba a la tierra prometida, Él moraba en la Tienda del Encuentro (Ex 33, 7-11), ahí Moisés se encontraba con Él, como amigo hablaba cara a cara con Él. La morada del Éxodo se traslada a Nazaret, y peregrina en María, ella es el nuevo lugar del encuentro con Cristo, como María, morada de Dios, todo discípulo está llamado a ser lugar de la presencia de Dios. Al encuentro personal con Cristo sigue encarnar su Evangelio y en él a Cristo.
405. El discípulo de Jesucristo vive a la escucha y al

servicio de su Maestro, María es la primera creyente que escucha y vive el Evangelio de Jesús, así lo confirma su sí al anuncio del ángel. “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). La vida de María está al servicio del plan maravilloso del Padre, su vida es donación a la obra mesiánica. Ella, nuestra madre, es testimonio viviente de un acto de ofrenda: “Heme aquí”; de obediencia: “yo soy la esclava del señor”; de confianza; “hágase en mí según tu palabra”, cualidades del verdadero discípulo. María Madre sabe transmitir estos valores a sus hijos, a los jóvenes que se debaten en la lucha de una vida más plena, la vida de Jesús. Esta es la gran lección de María, Madre y amiga de la juventud: enseñar a la juventud a acoger, escuchar y encarnar la Vida y ofrecerla al mundo como verdadera respuesta al anhelo de una vida plena.

5.1.2. María, discípula misionera portadora del Hijo

406. El discípulo es siempre portador de felicidad, de alegría. María como discípula, “Hija de Sión”, es motivo de alegría desbordante, júbilo por la liberación. Dios se hace presente total y definitivamente entre los suyos, como Salvador, por la realidad de la Encarnación. Así como los dolores del parto son olvidados por la alegría del nacimiento de un hijo, así el dolor que vive el pueblo de Israel, el dolor que se vive en el recorrido de la historia, en el caminar de nuestros pueblos, es reemplazado por la alegría del Reino, con el nacimiento

del Salvador en el corazón de la persona, en el corazón de la comunidad. María Madre en el camino es ese motivo de alegría y felicidad, la que proclamó el ángel al saludarla (Lc 1, 28), que vivió Isabel al recibir la visita de María (Lc 1, 41-43). María hoy sigue produciendo en los corazones de quienes caminan a la casa del Padre esa experiencia de vida nueva. Lo experimentan nuestros jóvenes que la aman, ella nunca se hace presente en la vida de las juventudes con las manos vacías, lleva siempre consigo a su Hijo, que no sólo es don del Padre, sino también de María Madre.

5.1.3. *María, discípula misionera dócil al Espíritu Santo*

407. María como discípula es dócil al Espíritu Santo. Ella es el “sagrario del Espíritu Santo” (LG 53), su misión, como toda misión, sólo puede ser entendida y vivida en el Espíritu de Dios.
408. Es el Espíritu quien la guía en toda su vida: movida por el Espíritu va a la montaña y comunica el saludo y el mensaje de paz que asegura la presencia nueva y definitiva del Salvador (Lc 1, 39-44); es el Espíritu quien hace de ella una mujer de alabanza, que reconoce a Dios como su Señor y proclama su misericordia (Lc 1,46-55). Es el Espíritu quien le confiere la gracia para guardar y meditar todos y cada uno de los acontecimientos en la vida de su Hijo, por el Espíritu aprende a interpretarlos y guardarlos en su corazón (Lc 2, 19); es el Espíritu quien le hace portadora del Evangelio y evangelizadora

(Jn 2, 5); es el Espíritu quien le da fuerzas para estar al pie de la Cruz (Jn 17, 25-27); es el Espíritu quien le confiere la gracia para hacer de María la nueva Jerusalén, la Mujer, la madre, que reunirá a los desterrados y a los dispersos de Sión en el nuevo Templo, que es el Cuerpo de su Hijo, muerto y resucitado.

5.1.4. María, Madre en el camino, reflejo del amor de Dios, expresión del Amor y de la Vida, impulsada por el Espíritu

409. María llevó en su vientre y en sus brazos a Jesús, Camino, Verdad y Vida. Ella es el rostro femenino del amor de Dios, la mujer de la nueva creación, el símbolo de la humanidad liberada y la manifestación más evidente de que la utopía del Horizonte del ser humano se está llevando a cabo en la humanidad, también vestida de juventud.

410. María era joven y virgen, una mujer campesina feliz y sencilla. Aprendió de sus padres Joaquín y Ana, la maravilla de las Escrituras. Cuando visitada por el Ángel se dio cuenta de que Dios la había escogido, e incluso sin comprender la grandeza de lo que significaba, se puso a disposición –así como cualquier joven– con fe y generosidad, aceptando ser la Madre de Jesucristo. Cuando leemos estas cosas en Lucas no siempre nos damos cuenta de la maravilla que puede venir de un corazón juvenil. María, por lo tanto, es nuestra primera referencia. Además de joven, además de mujer, además de pobre, ella es madre. En nuestro caminar hacia Dios,

Horizonte de la humanidad, todos podemos contar con una Madre.

411. Cuando se enteró de la maravilla –que le fuera revelada–, llena de ternura y comprensión, estando encinta, salió de su casa para ayudar a su prima Isabel. Las juventudes saben que las buenas noticias no son para guardar, sino para ser anunciadas y proclamadas como lo hizo María, cantando la canción conocida como el *Magnificat*, y que parece haber surgido de la riqueza de todos los jóvenes al caminar hacia el Horizonte divino. Todo ha sido vivido en la clandestinidad, en el día a día, en Nazaret...
412. Llegó el día, sin embargo, en que Jesús –Caminero– se dio cuenta de que no había venido al mundo para permanecer en Nazaret, sino para llevar la Buena Noticia a todos. María acompañaba todo y, todo lo que veía, lo “guardaba en su corazón” (Lc 2, 51). Un momento importante se ha dado en Caná, en la celebración de un matrimonio, María, al ver que se había acabado el vino para la fiesta, pide a su hijo que interceda; Él realiza el primer milagro que nos relata Juan (Cf. Jn 2, 3-5). María ya no es sólo madre, empezó a ser una discípula de su propio hijo, Jesús. ¡Qué gran modelo de humildad y de contemplación maternal ante el crecimiento en sabiduría, estatura y gracia (Lc 2,52) del hijo joven! Como madre y discípula, siempre ha seguido los viajes y las predicaciones del Reino de su Hijo. Siempre lo siguió hasta el final, a los pies de la cruz. Después estuvo en la Resurrección, siempre lista para

anunciar la Buena Nueva de la Vida que vence definitivamente a la muerte.

413. Para todos aquellos que necesitan de referencias, de modo especial las juventudes, el joven Jesús que murió en la cruz, hace un gesto que solamente podría brotar de la generosidad y del amor gratuito de un joven. Con la energía de la vida que vibraba allí moribunda, Jesús ve a su madre y a su discípulo Juan y les dice, en una escena casi íntima, familiar, en medio del dolor y la congoja: “Allí está tu hijo, allí está tu madre” (Jn 19, 26-27). Así también las juventudes, recibían una madre, la madre de millones de hijos e hijas que no pueden vivir sin referencias.

414. La presencia de María en las multitudes de creyentes y en las juventudes es una constante, ella está presente en los momentos de dolor y de fiesta. De ahí las peregrinaciones para los más variados santuarios, los cantos, los afectos, los entusiasmos que no se explican sino como fruto de un amor particular. Es la fiesta de la presencia de una Referencia, brújula que orienta al Hijo –camino que conduce al Padre– estando cerca de los que más sufren.

5.2. Santos, Mártires y testigos de la misión

415. Junto con María, las juventudes tienen otras referencias, personas que se destacaron en el camino hacia el Horizonte divino. Hombres y mujeres que sobresalen en la donación a los demás, a menudo dando su vida por amor y fidelidad al Camino que conduce hasta el Hori-

zonte divino. Con todo cariño, las juventudes, los llaman “santos” y “santas”, mártires o no, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, indios, negros y blancos, que son hitos en nuestro camino hacia el Horizonte divino.

416. Algunos han sido reconocidos por la Iglesia universal como santos, santas y mártires, otros son aceptados localmente como tales por las comunidades. Es arriesgado recordar nombres porque siempre pueden olvidarse muchos. Traemos a la memoria a quienes ya en el II Congreso de Punta de Tralca fueron presentados por cada país: Argentina: Cardenal Eduardo Francisco Pironio, Pbro. José G. del Rosario Brochero; Bolivia: P. Luís Espinal S.J., Beata Nazaria Ignacia March; Brasil: Dom Helder Cámara, Hebert De Souza – Betinho; Chile: Santa Teresa de los Andes, San Alberto Hurtado; Colombia: P. Luís María Fernández Pulido (Pafer), Venerable Madre Laura Montoya U.; Costa Rica: monseñor Víctor Manuel Sanabria Martínez; Cuba: Padre Félix Varela, los Jóvenes católicos de los años 70; Ecuador: Monseñor Leonidas Proaño, Monseñor Alejandro Labaca; El Salvador: Monseñor Oscar Arnulfo Romero Galdamez, Pbro. Rutilio Grande S.J.; Guatemala: Pbro. Hermógenes López Coarchita; Haití: Marie-Juliette Philipe; Honduras: Manuel Salvador Francisco, Rigoberto Corea; México: mártir cura Tranquilino Ubiarco, San Felipe de Jesús; Panamá: Padre Héctor Gallego; Paraguay: San Roque González de Santa Cruz; Puerto Rico: Carlos M. Rodríguez (Charlie); República Dominicana: Osiris Orlando Peguero

Félix, Padre Faltino Falco; Uruguay: Monseñor Carlos Nicolini, Padre Rubén Isidro (Cacho) y Venezuela: José Gregorio Hernández Cisneros, beata María de San José¹³⁷.

417. Sirva también el recuerdo de otros testigos de Jesucristo: Argentina: Monseñor Angeleli, muerto por su amor a los pobres; los jóvenes beatos Laura Vicuña, Ceferino Namuncurá, joven indígena; Brasil: Ezequiel Ramin, misionero muerto en el interior de Brasil; Chico Mendes, *seringueiro* muerto en la Amazonia; hermana Cleusa, asesinada en la defensa de los indígenas de la Amazonia; hermana Dorothy Stang, que trabajaba en la Comisión Pastoral de la Tierra, en el Pará; João Bosco Penido Burnier, baleado por defender a dos mujeres aprisionadas y torturadas; Josimo Morais Tavares, asesinado por dedicarse a la defensa de los campesinos; Vilmar de Castro, joven del interior de Brasil defendiendo la reforma agraria; Chile: Laura Vicuña, la niña venerada en Chile; El Salvador: los Jesuitas asesinados en la UCA; Guatemala: monseñor Juan Gerardi, asesinado luego de dar a conocer la "Recuperación de la memoria histórica, Guatemala nunca más" (REMHI); México: Padre Miguel Pró, fusilado a los 37 años; Nicaragua: Sor María Romero, Pbro. Odorico de Andrea, modelos de abnegación y entrega; Paraguay: Albino Amarilla, catequista asesinado (1981), y Arturo Bernal, dirigente laico muerto en tortura (1976); Perú: santa Rosa de Lima, fallecida a los 31 años, San Martín de Porres.

418. Y tantos otros... Gracias a Dios, América Latina

y el Caribe pueden tener miles de referencias. Con la ayuda de estos hermanos y hermanas el Horizonte se hace más próximo, el Camino más ligero. La experiencia del Espíritu se convierte, en las juventudes, en una experiencia concreta y la vivencia eclesial toma el sabor de la esperanza.

419. *Los testigos sirven a la gloria de Dios. Se nos presentan como arquetipos para realizar un proceso de identificación, sin dejar de ser lo que somos, recibiendo sus influencias. Son testimonios que nos hacen más cercano el Evangelio, el seguimiento de Cristo más atrayente y el deseo de imitarlo más contagioso*¹³⁸.

420. Estos hombres y mujeres, estos testimonios, estas palabras no dejan de invitar al joven a ser discípulo misionero de Jesucristo. Una y otra vez más les dicen:

Sean jóvenes. Vivan su juventud, contaminen de juventud a la familia, a la Iglesia, a la sociedad. No cedan al desencanto, no caduquen. Sean cristianos, cristianas, en el seguimiento de Jesús, Aquel de Belén, de las Bienaventuranzas, del Calvario y de la Resurrección, con la característica esencial desde el seguimiento: opción por los pobres. Sean juventud de nuestra América, asumiendo los desafíos y las posibilidades que ustedes tienen. Con espíritu crítico, no separando la fe verdaderamente evangélica de la política socializadora, una nueva Patria Grande y una nueva Iglesia nuestra, ecuménica, solidaria, plural, son posibles y necesarias. Vivan, vivamos, la militancia, estimulados por el testimonio de tantos mártires nuestros y siempre vivamos el ministerio

de la Pascua con la utopía del Reino¹³⁹.

II. ORANDO EL HORIZONTE QUE QUEREMOS UNA PASTORAL JUVENIL CONSTRUCTORA DE LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

421. La Pastoral Juvenil de América Latina y del Caribe ha buscado siempre partir de la realidad y de la experiencia. Ella, también tiene una gran reverencia por la memoria histórica, teniendo el cuidado de no repetir cosas, ni las buenas, ni mucho menos, los errores que se cometen durante la marcha. La Pastoral Juvenil de América Latina y del Caribe conoce la importancia de la base teológica de su pedagogía y metodología. Antes, sin embargo, de pensar en la práctica y en la espiritualidad, queremos afirmar, una vez más, que es importante mirar nuevamente el Horizonte que se encuentra en la realidad, y expresar la utopía con la cual nosotros la revestimos. Pensamos, por eso, orar la Civilización del Amor que nos lleva a esta utopía. Queremos hacerlo en forma de oración, porque es en ella donde Dios se revela, nos habla y, al mismo tiempo, hablamos movidos por el corazón porque, así, podremos movernos con más firmeza y ternura.

422. ¡Bendito seas, Señor, por la vida de las juventudes de nuestro Continente! Bendito seas, Señor, por los niños y las niñas, jóvenes, hombres y mujeres que hacen de su vida un don total al Reino.

423. Vivimos en la carne, la paradoja de la cultura de la muerte y la cultura de la Vida. Ayúdanos, Padre querido, para elegir siempre la vida (Dt 30,19). Por esta opción sabemos que *“lo que hemos visto con nuestros ojos lo que contemplamos, lo que nuestras manos palparon, es la vida que se ha manifestado, y nosotros la hemos visto y por eso damos testimonio”* (1 Jn 1, 1-2).
424. Ayúdanos a ser Señor, una Buena Noticia para las juventudes de este Continente, capaces de devolver, a ellos y a nosotros, la alegría, y tornar real una nueva civilización. Gracias a Ti, ya son muchos los que se convirtieron al proyecto de liberación integral, testigos y profetas de la Civilización del Amor, pero soñamos con un horizonte mucho mayor.

Nuestro Horizonte

425. Ante todo lo que hemos visto, Maestro de la Vida, la Pastoral Juvenil Latinoamericana y Caribeña quiere ser sacramento de una propuesta que apunte a la novedad, que sea, al mismo tiempo, respuesta y afirmación de nuevas preguntas a los proyectos de vida de los jóvenes y las jóvenes, cuyo anhelo es la plenitud de sus propias existencias.
426. Queremos aprender contigo, Maestro de Nazaret, que la Civilización del Amor no es solo una propuesta ideológica, sino un conjunto de condiciones que permiten a la vida humana ser plena y tener feliz destino. ¡Qué bueno poder soñar con un mundo así, con olor de vida, de

novedad y de juventud!

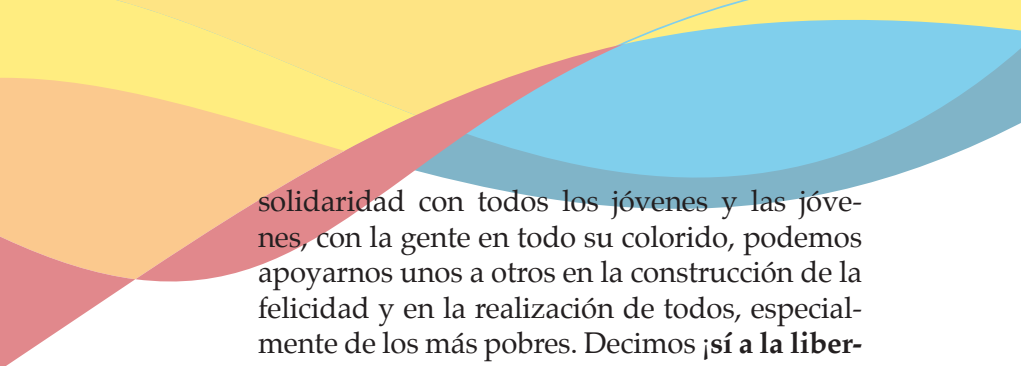
427. La Civilización del Amor es un servicio de la vida y una opción incondicional por el amor. Es el gran ideal que Tú, Padre bondadoso, nos dejaste: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15,12). La Civilización del Amor nace de tu Buena Nueva; ella se inspira en tu Palabra, en tu vida y en tu entrega completa. Creemos que este otro mundo que soñamos, lleno de amor, es criterio inspirador decisivo y de entrega total, un Proyecto de Vida, un compromiso que requiere organización, que se viste de utopía y camina en la realidad como tarea diaria, en una esperanza permanente.

Los valores de la vida

428. Junto con Tu Hijo, nuestro Padre y Madre, queremos reafirmar los valores de la vida para la edificación de nuestro planeta como un todo, creyendo y atreviéndonos a reafirmar los criterios evangélicos fundamentados sobre las semillas escondidas en toda la juventud. Por lo tanto:

429. Decimos **¡sí a la vida!** Sabemos que esto nos obliga al pensamiento crítico, a la aceptación y al servicio permanente y, sobre todo, a la defensa y a la opción por los pobres. ¡No importa! ¡Decimos **sí al amor** como vocación humana! En el amor Te reconocemos, Padre querido. Que este amor sea el empuje transformador en todas las dimensiones de este Continente.

430. Decimos **¡sí a la solidaridad!** Solamente en la



solidaridad con todos los jóvenes y las jóvenes, con la gente en todo su colorido, podemos apoyarnos unos a otros en la construcción de la felicidad y en la realización de todos, especialmente de los más pobres. Decimos **¡sí a la libertad!** Sabemos que vivir libre no es un camino fácil y que no se pueden crear ilusiones, ni caer en el optimismo engañoso. Pero, también sabemos que es más fácil no querer ser libre... En nuestros procesos personales y grupales, descubrimos que somos “llamados a la libertad” (Gal 5,13), hechos para ser libres y no esclavos de nada ni de nadie. Esto presupone vivir una entrega total a todo lo que nos hace más humanos, humanizando a los que nos rodean.

431. Decimos **¡sí a la verdad y al diálogo!** En todas las personas, incluso en las juventudes, se revela una parte de la plena verdad de Tu Hijo. Esto, Padre querido, fundamenta y requiere una actitud constante de diálogo, un caminar de forma decidida, junto y con los jóvenes y las jóvenes. Compartir, descubrir, reconocer, aceptar.
432. Nosotros decimos, también, en conjunto, **¡sí a la participación!** Sin el protagonismo de todos y todas, no se construyen los cambios necesarios en la Iglesia y en la sociedad. Ser protagonista –lo sabemos– más que nunca, es requisito universal. Decimos, también, **¡sí a los esfuerzos en curso por la paz!** Ayúdanos, Príncipe de la Paz, en la construcción de un orden social justo, en el cual las personas se realicen como seres humanos, donde se respete la dignidad humana, se cumplan las aspiraciones, el acceso a la verdad

sea reconocido y la libertad garantizada. Danos la gracia de ser sujetos de nuestra historia.

433. Decimos **¡sí al respeto de las culturas!** Hemos aprendido de tu Hijo que “Dios quiere que todos se salven y lleguen a conocer la verdad” (1 Tim 2,4). Sí, nos enteramos de que sólo desde el respeto al diferente se puede avanzar hacia una nueva humanidad. Que seamos más maduros en nuestro deseo.

434. Decimos **¡sí al respeto a la naturaleza!** Estamos convocados a vivir el amor a toda la naturaleza y reconocer Tu presencia en la creación, acogiéndola con reverencia y respeto, no como objeto de dominación.

435. Entre muchos otros “sí”, decimos, también, **¡sí a la integración de América Latina y el Caribe!** Queremos un Continente que sea un Patria grande, sin fronteras, siendo un ejemplo de fraternidad. Ayúdanos a vivir y construir una cultura de la solidaridad.

Repudiamos lo que genera una cultura de muerte

436. Bajo el criterio de tu Evangelio repudiamos, con toda la energía que habita en nosotros, todo aquello que son los anti-valores y que contribuyen a la construcción de una cultura de la muerte, separándonos unos de otros y de Ti. Por lo tanto, elevamos nuestras voces en contra de la desigualdad social, la violencia, el alto número de asesinatos de jóvenes, la discri-

minación, la estigmatización, la drogadicción y las migraciones.

437. Por eso decimos también **¡no al individualismo!** La desgracia del individualismo mata la vida de la comunidad por la cual la Pastoral Juvenil lucha y quiere luchar para ofrecerla a todos los jóvenes. Que no seamos pequeños en esta batalla. Decimos **¡no al consumismo!**, porque nos enteramos por tu Buena Nueva que la felicidad y la vida no se encuentran en la eficiencia en la producción y en el consumo. Que sepamos superar esta ilusión que lleva a muchas juventudes a vivir de la apariencia, la publicidad y la moda, creando lagunas, necesidades superfluas y ficticias.
438. Decimos **¡no al absolutismo de placer!** Es una forma de vida que mata las dimensiones personales más profundas, relacionales, espirituales y religiosas de nuestra vivencia juvenil. Sabemos que ese absolutismo conduce a la pérdida progresiva del sentido de la trascendencia y a la relatividad de los valores humanos. Soñamos con la verdadera alegría.
439. Decimos **¡no a la intolerancia!** Las verdades no pueden ser impuestas. No se puede amenazar con otras formas de entender la vida. El Reino siempre será una propuesta. Hemos aprendido contigo, Maestro, que el encuentro y el diálogo son fundamentales y repudiamos todo lo que hiere estos principios.
440. Decimos **¡no a la injusticia!** Desde los diversos

rincones de este hermoso Continente herido, suben hasta el cielo gritos que claman justicia. Los millones de hambrientos y miserables de América Latina y del Caribe, señalan el profundo crecimiento de la injusticia que se convierte en flagelo devastador y humillante, por eso, ¡rechazamos cualquier injusticia!

441. Decimos **¡no a la discriminación y a la marginación!** Queremos que sea superada y erradicada cualquier forma de segregación en los derechos humanos, sea social, sexual, cultural, racial, lingual, etaria o religiosa. Es contrario al plan divino y, también, es contrario al sueño que vive en nosotros.
442. Decimos **¡no a la corrupción!** Rechazamos todo lo que promueve la insensibilidad social, la indolencia y el escepticismo ante la falta de justicia. Nos enteramos de que la corrupción es infidelidad al pueblo y, también a nosotros los jóvenes, contraria a los valores del Reino que queremos ayudar a construir.
443. Nosotros decimos Señor de la Paz, **¡no a la violencia!** Todos los tipos de violencia constituyen las más desafiantes señales de la presencia de la cultura de la muerte en medio de nosotros. Queremos marchar en contra de cualquier violencia, que hace que miles de jóvenes de nuestro Continente caigan en la flor de su edad. **¡No al exterminio de la juventud!**
444. Ante todo esto, Dios del Amor, en contra de la mentalidad de que todo es válido, afirmamos otro mundo posible: la Civilización del Amor

y la tierra sin males, la buena vida, que anhelamos por una humanización y la plenitud de todas las personas.

Las prioridades de nuestro sueño

445. Así, querido Padre, ¡afirmamos la **primacía de la vida humana** sobre cualquier otro valor o interés! Queremos que la América Latina y del Caribe hagan una opción por la vida, que promuevan y respeten los derechos humanos.
446. ¡Apuntamos a la primacía de la persona sobre todas las cosas! Sabemos que una cultura de consumo socava el proceso personal y grupal de las personas, y frustra a los que son incapaces de satisfacer el anhelo del poseer egoísta y mezquino. Reafirmamos que la persona es más por lo que es, que por lo que tiene. La Civilización del Amor, así como el Evangelio, da prioridad a la ética de la vida y pone el conocimiento y la técnica al servicio de esta vida, de la libertad y de una cultura de paz. Afirmamos, también, la importancia *del testimonio y la experiencia* sobre las palabras y las doctrinas. Creemos en la armonía entre fe y vida, en la coherencia entre lo que uno dice y lo que hace y, sobretodo, en una vida consistente que genera felicidad y esperanza.
447. Afirmamos la ¡primacía del servicio sobre el abuso del poder! “Autoridad”, para nosotros, es servicio generoso y diligente en favor de los individuos, pueblos y comunidades. Queremos, Señor, ¡la primacía de una economía solidaria sobre la mera producción de la riqueza!

Creemos, Padre querido, en diferentes experiencias económicas que tienen en común los elementos de organización, cooperación, acción comunitaria, autogestión...

448. Afirmamos, también, la primacía del trabajo sobre el capital. Los seres humanos no pueden ser explotados a través del proceso de producción; son llamados a ser verdaderos sujetos de su proceso.
449. Afirmamos con decisión y humildad la primacía de la identidad cultural *latinoamericana y caribeña* sobre las otras influencias hegemónicas. La Civilización del Amor no se puede construir fuera del suelo que pisamos. Que nunca olvidemos que nuestra tierra es latinoamericana y caribeña: hermosa y sufriente, generosa y pobre, pero llena de deseo de logro y rica en hambre por liberación, justicia y paz.
450. Soñamos, también, Señor, con la *primacía de la fe* y de la trascendencia, en el intento de absolutizar lo mundano. Queremos una América Latina y Caribeña, que tenga en todas las estructuras, desde las mayores hasta las menores, desde las que aparecen hasta las que son olvidadas, la presencia viva y alegre de una fe sin límites y de una trascendencia que sea alimento en el caminar de todo día.
451. Como discípulos misioneros, nosotros, las juventudes, siempre somos motivados para "*caminar con Jesús para dar vida a nuestros pueblos*", tomando como punto de partida la vida de los jóvenes y su protagonismo, fundamen-

tales en la construcción de la Civilización del Amor.

Nosotros creemos, Señor

452. Creemos firmemente en un cielo nuevo
y una tierra nueva.
Creemos en tu Hijo, que inspira ternura
y liberación.
Creemos en tu Espíritu que anima a la Iglesia
que queremos ayudar a construir.
Creemos en una Iglesia acogedora y profética.
Creemos que María nos ha de ayudar a
levantar “del polvo los humildes”,
como ella dice.
Creemos firmemente que la juventud puede
ser una fuerza impulsora en el Continente,
frente a la diversidad de culturas.
Creemos que ella es llamada a defender su
autenticidad e identidad, luchando contra los
signos de muerte que afectan a
nuestros pueblos.
Y oramos, juntos y con insistencia,
que la Civilización del Amor,
real en sus señales visibles e invisibles,
sea realidad plena entre nosotros.
¡Amén!